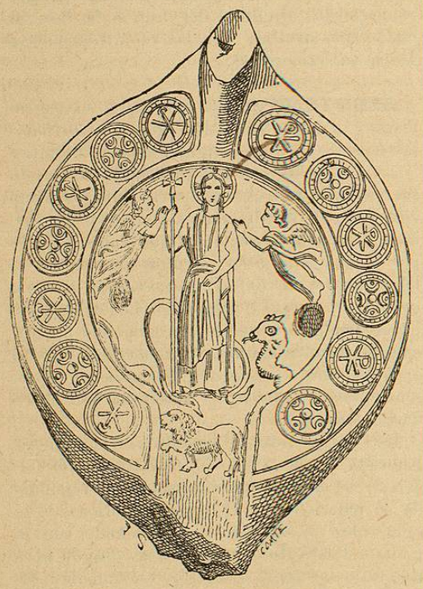
y *Draconarius*). He aquí un modelo reproducido por Aringhi (t. II, pág. 705), según Baronio.

Una lámpara de arcilla muy curiosa, de principios del siglo VI probablemente, encontrada en 1866 en las ruinas del palacio de los Césares en Roma, representa á Nuestro Señor de pie, aplastando una serpiente que también atraviesa con una larga asta coronada de una cruz, mientras que otro reptil, levantándose á la izquierda del Señor, agita su dardo contra él. Además se ve un león á sus pies: de tal modo, que el conjunto de esta escena parece la traducción del versículo 13 del salmo XI: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem* (véase De'Rossi. *Bull.* 1867, pág. 12, n. 1).



La iconografía antigua representa también menudo á los Santos abatiendo la serpiente, para expresar su valor en combatir las tentaciones y en vencer al espíritu de las tinieblas.

En memoria de la destrucción de la idolatría, que era el reinado del demonio, había antiguamente la costumbre de llevar en las procesiones ó letanías mayores (véanse estas palabras) una serpiente, en unión de la cruz y el estandarte (Claud. episc. Andegav. *De processionibus.*, cap. III). Allegranza asegura (*Monum. sacr. ant. di Milano*, pág. 96) que en Vicenso se ha conservado la costumbre de llevar delante de las procesiones la cruz del clero con una serpiente ó dragón.

2.º Los primeros cristianos emplearon también la figura de la serpiente para personificar la virtud que, según San Bernardo (*In cantic.*), es la reguladora de todas las demás, y sin la cual toda virtud se convertiría en vicio, es decir, la prudencia, tan constantemente recomendada por Jesucristo á sus discípulos: «Sed prudentes como serpientes,» *estote prudentes sicut serpentes*. Y como en los obispos es donde sobre todo debe brillar esta virtud con vivo esplendor, según el precepto de San Pablo á su discípulo Timoteo (1 *Tim.*, III, 2): *Oportet episcopum..... esse prudentem*, se ha observado que con frecuencia las imágenes de los antiguos obispos están rodeadas y como encerradas en un cuadro que forma una serpiente. Por la misma razón entre los Latinos, al menos en los tiempos antiguos, termina el báculo pastoral casi siempre en su parte superior por una cabeza de serpiente, mientras que el de los obispos griegos lleva en su puño un globo de cristal que significa la divinidad de Jesucristo, rey de los cielos (S. Isid. Hispal. *De divin. offic.*—Cf. Macri. *Hierolexic.* ad voc. *Bacul. pastoral*).

En un bajo relieve de mármol que decora la puerta meridional de la basílica de San Ambrosio de Milán, se ve este grande obispo teniendo en la mano izquierda un báculo con la serpiente, y en la derecha una especie de tirso con tres cintas flotantes debajo del cono superior, hecho casi como una piña. Y lo que es más notable todavía, es que los brazos y las patas del sillón ó de la cátedra sobre la cual está sentado San Ambrosio, tienen también la forma de serpientes. Este curioso monumento se halla reproducido en la carta inicial de la sexta disertación del P. Allegranza sobre los monumentos cristianos de Milán (página 93).

3.º Vemos, por último, la serpiente tomada como figura de la cruz y del mismo Jesucristo. Gretzer y Santiago Bosio han desarrollado extensamente estas alegorías en sus obras especiales sobre la materia (*De cruce.—De cruce triumphante*).

El espíritu de herejía dañó, es verdad, á esta doctrina y corrompió este culto, que se derivaba en línea recta de la doctrina de Jesucristo: *Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium Hominis* (Joan., III, 14), «como Moisés elevó la serpiente en el desierto, conviene también que el Hijo del Hombre sea elevado». Los ofitas, siguiendo en esto á los nicolaítas y á los primeros gnósticos, dieron á la misma serpiente un culto directo de adoración, y los maniqueos la pusieron también en lugar de Jesucristo (S. Agustin. *De hæres.*, cap. XVII y XLVI). Y debemos considerar como muy probable que los talismanes y amuletos con la figura de la serpiente que han llegado hasta nosotros, provienen de los herejes de la raza de Basilides, y no de los paganos, como se supone comúnmente (véase el artículo *Abraxas*).

Pero esto no impide que los fieles, cuando toda suerte de obstáculos se oponían á la exhibición exterior de la cruz (véase el artículo *Cruz*), adoptaran para sustituirla el emblema de la serpiente, como emplearon los del cordero, Buen Pastor (véanse estas palabras), como se sirvieron del monograma y otra multitud de signos arcanos (véase Gori. *De mitrato capite Jesu-Christi crucifixi*, cap. V); pudieron conservar sobre ellos estas especies de amuletos, pero refiriendo sus homenajes y su confianza á aquel cuya figura era la serpiente, y que sólo fué inmolado por la salvación de los hombres. Esto es lo que San Ambrosio enseña formalmente en varios lugares (*De Spirit. sancto*, lib. III, cap. 9): *Imago enim crucis æreus serpens est..... qui proprius* (*De Salomon.*, cap. XII, et serm. LV *De cruce Christi*) *erat typus corporis Christi, ut quicumque in eum aspiceret, non periret*, «porque la imagen de la cruz es la serpiente de bronce....., que era el propio tipo del cuerpo de Cristo, de tal modo, que cualquiera que lo mirase, no moriría».

Pero mejor todavía que estas serpientes aisladas, que se emplearon como amuletos y signos misteriosos de Jesús crucificado, tenemos el hecho mismo tal como se halla referido en el libro de los *Números* (cap. XXI, 9), representado en un vaso dorado, precioso bajo diversos conceptos. Se ve á Moisés con una vara en la mano, y señalando con el índice de la izquierda una enorme serpiente que se levanta delante de él; un segundo personaje, representando al pueblo judío, está al otro lado de la serpiente.

Puede leerse en el comentario al salmo XXXVII, la aplicación parenética que San Ambrosio hace del tipo de la serpiente á cada uno de nosotros, y que empieza por estas palabras: *Imitare serpentem*, «imitad á la serpiente». La representa, sobre todo, como el símbolo de la resurrección y de la inmortalidad.

4.º Se sabe que existe en la basílica de San Ambrosio de Milán una serpiente de bronce sobre una columna de granito. Mil fábulas se han propalado respecto á este monumento.

Parece perfectamente probado que Arnulfo, arzobispo de Milán, fué quien en 1001 la trajo de Constantinopla, donde este prelado estuvo en calidad de embajador, enviado por Otón III (véase Ferrari. *Monument. di S. Ambrogio*, página 20). De este modo desaparecía la suposición de que esta serpiente provendría de un templo de Esculapio sobre cuyas ruinas fué construída la basílica. Se ha establecido además que este simulacro difiere totalmente por su forma del que estaba consagrado al dios de la Medicina.

Otro sistema no menos fabuloso consistió en decir que esta serpiente era la misma que Moisés había elevado en el desierto; y es muy verdadero que el buen arzobispo Arnulfo la recibió como tal, y como tal fué también colocada en su catedral, ya porque los Griegos se hubieran engañado sobre el orígen del objeto, en cuyo caso no se comprendería que se hubieran desprendido de él, ya, más probablemente, porque hubieran usado en esta circunstancia de su vieja y proverbial inclinación al engaño, que los caracterizó siempre. Como quiera que sea, es admirable que un obispo ignorase que la serpiente de bronce de los Israelitas fué hecha pedazos por orden del rey Ezequías, á causa del culto supersticioso que los Israelitas le tributaban: *Confregit serpentem æneum, quem fecerat Moyses, siquidem usque ad illud tempus filii Israel adolebant ei incensum* (4 *Reg.*, XVIII, 4).

Lo cierto es que la opinión pública no tardó en atribuir á la serpiente de San Ambrosio una virtud curativa. Las madres invocaban esta imágen para librar á sus hijos de las lombrices, que tenían con la serpiente cierta semejanza. Esto es lo que resulta de las *actas* ó procesos verbales de la visita de San Carlos á esta basílica: *Est quædam superstitio ibi mulierum pro infantibus morbo verminum laborantibus.*

Tal superstición podría excusarse hasta cierto punto, ya por el origen que se daba á esta serpiente, la cual hubiera, en efecto, merecido un gran respeto y una gran confianza si hubiese sido lo que el vulgo creía; ya porque se la consideraba como el símbolo de la cruz, que es la fuente de todas las gracias.

San Carlos Borromeo no consideró las cosas con tanta indulgencia: suprimió la superstición.

SERVILLETA.—Debemos dar una corta explicación de esta palabra, que se encuentra

algunas veces en este Diccionario, á propósito especialmente de los dípticos consulares.

Propiamente hablando, la servilleta (*mappa*) se empleaba en las comidas entre los antiguos como entre nosotros.

Más tarde esta servilleta ó pedazo de tela cualquiera, aunque conservando su nombre, fué una insignia de la dignidad de cónsul, y en general de todos los magistrados que debían presidir los juegos públicos. Arrojaban la *mappa* á la arena para dar la señal de las carreras.

El origen de esta costumbre, á pesar de todo lo que se ha dicho, no nos parece comprobado. En una carta de Teodorico á Fausto, prefecto del pretorio, Casiodoro (*Variar.*, lib. III, *epist.* 51) la atribuye á Nerón. Según él, prolongando un día este Emperador su comida con exceso, el pueblo se impacientó por la tardanza que sufría su placer favorito. Entonces Nerón, que desde su *dorada casa* oía los murmullos de la muchedumbre, arrojó su servilleta por la ventana, dando así la señal de empezarse el espectáculo. Esta anécdota, cuyo origen no está más que indicado, y que otros, por lo demás, atribuyen al rey Tarquino (véase Du Cange, ad voc. *Mappa*), nos parece en contradicción con el texto de Suetonio sobre este mismo Emperador (Sueton. *Nero.*, c. XXII). El biógrafo cuenta, en efecto, que cuando Nerón se presentaba en el circo para luchar en la carrera con los cocheros, encargaba á uno de sus libertos que arrojase la *mappa*, oficio desempeñado de ordinario por los magistrados: *Aliquo liberto, mittente mappam unde magistratus solent.* Esto supone, en efecto, que la costumbre en cuestión existía ya hacía mucho tiempo. Algunos escritores le han atribuído una antigüedad que puede parecer exagerada: la hacen remontar hasta los Fenicios.

Los Padres y los demás autores eclesiásticos la mencionan más de una vez. Tertuliano, en su libro *De los espectáculos* (cap. XVI), lanza esta censura contra la *mappa*, que, como señal, debía ser la primera parte de su indignación contra los juegos mismos: *Non vident missum quid sit. Mappam putant; sed est diaboli ab alto præcipitati figura*, «no ven (los espectadores) lo que es el objeto arrojado. Creen que es una *mappa*, pero es la figura del diablo precipitado desde lo alto».

Como quiera que sea, vemos representado esto sobre las cubiertas de marfil de los dípticos consulares (véase Gori. *Thesaur. diptych. consular. et ecclesiast.*, *passim*). El cónsul, de pie ó sentado sobre su silla curul, tiene la *mappa* en su mano levantada, unas veces la derecha, como en el de Lieja, otras la izquierda, como, por ejemplo, en el de Bourges. Pero en ninguna parte puede darse uno cuenta más exacta que en el díptico de Basilio, cónsul ordinario en 541. El monumento se conserva en el gabinete del Gran Duque de Toscana; Basilio se ve allí de pie, sosteniendo con la mano izquierda un cetro coronado por una cruz, y con la derecha entreabierta dejando escapar la *mappa;* debajo de él están representadas cuatro cuadrigas á la carrera, lo que supone que se ha dado la señal: la imagen de Roma está esculpida, según la costumbre, al lado del cónsul y con las mismas proporciones que éste; pasa una de sus manos sobre el hombro de Basilio, y en la otra lleva los haces consulares (véase también el díptico consular eclesiástico reproducido en nuestro artículo *Dípticos*).

La *mappa* llegó á ser la insignia de los emperadores de Oriente, después, sobre todo, que se les confirió á perpetuidad el consulado.

Sin embargo, este objeto cambió, en lo sucesivo, de forma y en alguna manera de naturaleza. Fué una especie de pequeño cojín prolongado, que se llenaba de polvo para imitar el abultamiento de la *mappa* doblada, y entonces tomó el nombre de *acatia*, que quiere decir una vela. Codino (*De off. Et.*, c. VI, pág. 37) hace de este polvo un memorial de humildad para los emperadores: *Imperatorem humilem esse, ut mortalem, neque propter imperii fastigium efferri, neque se tumidum jactare debere.* Du Cange (*Dissert. med. æv.*, tab. VI, y *Famil. Byzant.*, n. LX) trae una imagen de Miguel Paleólogo que lleva esta *acatia*.

La figura aquí grabada, y que representa un cónsul con la *acatia* en la mano, está tomada de un marfil de Milán (véase Gori. *Thes. vet. dipt.*, t. II, tab. XVIII).

En el centro de algunas tumbas cristianas (véase Bottari, tav. XX y *alibi*) están esculpidos en discos (véase el artículo *Imagines clypeatæ*) algunos personajes cuya nobleza se denota por el *laticlavus* que adorna su pecho, que tienen en la mano un objeto semejante á la *mappa*, y que Bottari (t. I, pág. 73) considera como tal. Pero este objeto no se distingue nada del volumen, que es también una de las insignias de los hombres de elevada condición (véase el artículo *Volúmenes*).

Existen dípticos consulares que, al pasar al uso de la Iglesia, han experimentado en sus bajos relieves modificaciones bastante notables para que los cónsules se hayan convertido, merced á estas restauraciones, ó en santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, ó en dignatarios de la Iglesia. Algunos de estos personajes se reconocen todavía en que conservan varios de los atributos de su primera dignidad, entre otros la *mappa* en la mano (véase el artículo *Dípticos*, II, 2.° *Cuestión arqueológica*, C).

SEXTA.—Véase el artículo *Oficio divino*, II.

SIBILAS.—I. Toda la antigüedad cristiana admitió como un hecho indudable, que existieron en el seno del paganismo, ya una, ya varias mujeres, á las cuales había confiado Dios, hasta cierto punto, el espíritu profético, si no para sacar directamente á los paganos de las tinieblas de la idolatría, al menos para disponerlos á recibir la luz divina. Sin embargo, los Padres de la Iglesia no confundían estas mujeres conocidas con el nombre de sibilas (Διοῦ βουλή, «consejo de Dios» (*Lact. Inst. dif.*, I, 6), ó Διοῦ βυλλή, «llena de Dios»), con los verdaderos profetas. Éstos, divinamente inspirados, profetizaron con plena inteligencia de los oráculos cuyos órganos eran ellos, mientras que las sibilas, como todos los profetas del mismo género, anunciando cosas verdaderas, obedecían ciegamente y sin conocimiento de causa á la inspiración divina: sus mismos libros contienen la confesión de esto (l. III, 4; XII, 295).

II. La colección de los libros sibilinos que poseemos hoy fué publicada por un cristiano anónimo hacia el año 138 (Galland. Biblioth. PP. *Prolegom.*, t. I, pág. 78). Se compone de antiguos oráculos que circulaban entre los paganos, y de nociones que habían llegado á ellas por las tradiciones hebraicas, y sobre todo de pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Si bien en estos libros se encuentra una singular amalgama de cosas apócrifas y aun ridículas, fueron, sin embargo, tenidos en grande estima por los Padres, como lo veremos muy pronto, y la lectura de estos oráculos, aun en el estado en que han llegado á nosotros, es de una grande utilidad para la inteligencia de los autores eclesiásticos de los primeros siglos.

Algunos de los versos sibilinos son posteriores á San Justino, sin llegar, no obstante, más allá del siglo III; otros, por el contrario, son mucho más antiguos, y dos doctos alemanes han probado que varios se remontaban doscientos años antes de la Era Cristiana, como ya lo había conjeturado Bosio.

Los antiguos Padres, los griegos especialmente, han tomado incontestablemente muchas cosas de los judíos alejandrinos, de otro modo dichos helenistas. Además habían encontrado en las tradiciones cuyos depositarios eran éstos, un recuerdo constante de la sibila babiloniana ó caldea, ó, según otros, eritrea, que pasaba por haber compuesto ciertas partes de los oráculos sibilinos hoy existentes, y que eran los más antiguos y los únicos conocidos entonces (l. III, § 2 y 4); probablemente datoban de Tolomeo Filometor, correspondiente á la fecha anterior.

Ocho de sus libros se encuentran en las bibliotecas de los Padres, de Colonia, de Lión y de París, así como en la de Galland publicada en Venecia en 1765. El cardenal Mai ha publicado, según un manuscrito del Vaticano, los libros XI, XII, XIII y XIV (*Script. vet. nov. collect.*, t. III). Pero hay sobre todo una edición que, tanto por la pureza del texto como por la riqueza de las disertaciones y comentarios, se recomienda al lector estudioso: es la de M. Alexandre (París. Didot, 2 vol. in-8.°, 1841-1853), á la cual recurrimos más de una vez.

III. Se sabe ya que los más antiguos Padres concedieron mucha importancia á los oráculos de las sibilas, porque pensaban, apelando á su testimonio, oponer un argumento irresistible á los errores de los paganos. Vamos á nombrar los principales y en primer término los griegos.

1.° Sin hablar de un discurso que Clemente de Alejandría (*Strom.*, VI, pág. 762, edit. Pott.), no se sabe con qué fundamento, atribuye á San Pablo, y donde el Apóstol exhorta á sus oyentes á que lean los oráculos de las sibilas, dándoles seguridad de que en ellos encontrarían muchas cosas relativas á un Dios único y á todo lo futuro, el primer escritor que se cita es Hermas, que pasa por haber sido discípulo de San Pablo, y que en su libro del *Pastor* (l. I, vis. 1, § 2) nombra una sibila que se cree sea la de Cumas.

2.° San Clemente Papa, martirizado á fines del siglo I, invoca en su epístola á los Corintios el testimonio de una sibila sobre el juicio futuro por el fuego, si ha de creerse al antiguo autor de las *Cuestiones de los ortodoxos*, ordinariamente impresas á continuación de las obras de San Justino.

3.° San Justino, que escribía bajo Antonino Pío hacia la mitad del siglo II (*Cohor. ad Græc.*, § 37), pensaba que la sibila que escribió ciertos libros pareciendo apoyar el cristianismo, era la de Cumas, que hace hija de Beroso, aunque injustamente, y añade que ella había cantado por un movimiento divino ó, por lo menos, sobrenatural. Resulta, además, del texto de este Padre, que estaba convencido de que en estos libros, que consideraba como sibilinos, se hallaba condenada la superstición de los paganos, y que contenían los testimonios más brillantes sobre la vanidad de las falsas divinidades en favor de la unidad de Dios, y también de la divinidad de Cristo. Todo esto